

La presencia de China en América Latina se ha expandido dramáticamente

Los líderes de la región no están considerando los riesgos de la creciente dependencia

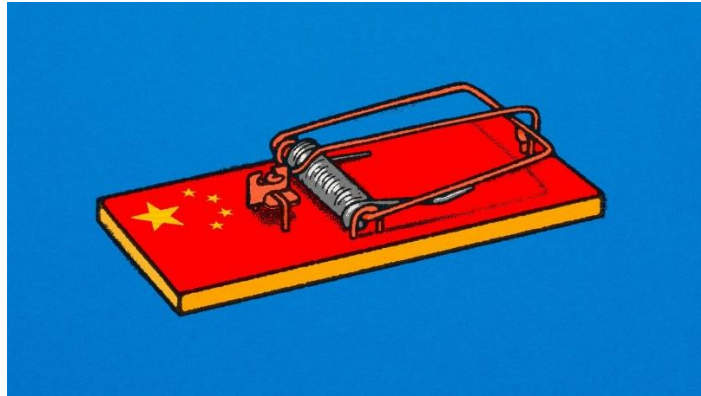


Ilustración: Alberto Miranda

The Economist

4 de julio de 2024

Lima

Traducido y glosado por [Lampadia](#)

Su rompeolas principal es visible desde un avión a 6,000 metros, un gancho que sobresale hacia el Pacífico desde el desierto costero de color rojizo de Perú.

En noviembre, si todo sale como está previsto, el presidente chino Xi Jinping inaugurará el enorme nuevo puerto de Chancay, a 70 kilómetros al norte de Lima, en el que Cosco, una empresa china, y su socio local han gastado hasta ahora 1,300 millones de dólares.

Chancay ejemplifica la huella que China ha dejado en América Latina en este siglo. El comercio bilateral ha aumentado de 18,000 millones de dólares en 2002 a 450,000 millones en 2022. Si bien Estados Unidos sigue siendo el mayor socio comercial de la región en su conjunto, China es ahora el mayor en América del Sur, junto con Brasil, Chile, Perú y otros.

La presencia del gigante asiático no es sólo económica. Sus embajadores conocen bien América Latina y hablan bien español y portugués. Su personal diplomático se ha ido ampliando. Estados Unidos, por el contrario, a menudo deja vacantes los puestos de embajador debido al estancamiento político en Washington. A los funcionarios locales, periodistas y académicos se les ofrecen viajes gratuitos a China. Durante la pandemia, China envió vacunas a América Latina mucho más rápido que Estados Unidos o Europa.

Esta expansión alarma a personas como Marco Rubio, senador republicano que forma parte del Comité de Relaciones Exteriores. Rubio dice que Estados Unidos “no puede permitirse el lujo de permitir que el Partido Comunista Chino expanda su influencia y absorba a América Latina y el Caribe en su bloque político-económico privado”. China está “a 20 yardas de nuestra patria”, dijo a principios de este año la general Laura Richardson, jefa del Comando Sur de EEUU.

En América Latina, la respuesta ha sido, en general, de indiferencia. Sus funcionarios sostienen que, al actuar como comprador, inversor y financista de la infraestructura necesaria, China ha llenado el vacío dejado por Occidente.

Si bien Estados Unidos tiene acuerdos de libre comercio con 11 países latinoamericanos, no muestra interés en firmar más.

El gobierno de centroderecha de Uruguay está negociando un acuerdo con China después de que sus solicitudes de uno con Estados Unidos fueran rechazadas.

Francia y otros países están bloqueando la ratificación de un pacto comercial entre la Unión Europea (UE) y el Mercosur (un bloque de cinco países que incluye a Brasil y Argentina) que tardó más de 20 años en negociarse.

Estados Unidos y Europa siguen siendo los mayores inversores extranjeros en América Latina. Estados Unidos sigue dominando el comercio con México, América Central y la mayoría de los países del Caribe. Pero a medida que aumenta el papel de China como socio comercial y de inversión, especialmente en América del Sur, los gobiernos no quieren verse obligados a elegir entre las dos grandes potencias del mundo. “Nuestra política es de cobertura, para tratar de mantener un equilibrio”, dice un ministro de Asuntos Exteriores.

Algunos quieren convertir la cobertura en una doctrina de política exterior más asertiva de “no alineamiento activo”, término acuñado por Jorge Heine, exembajador chileno que publicó un influyente libro propagando la idea en 2023. Esto nos recuerda al Movimiento de Países No Alineados fundado durante la Guerra Fría por líderes del Tercer Mundo (como se lo llamaba entonces), como Jawaharlal Nehru de la India y Sukarno de Indonesia. Heine sostiene que la adopción del proteccionismo por parte de Estados Unidos bajo Donald Trump (que ha continuado bajo Joe Biden) y el ascenso del grupo BRIC, que incluye a Brasil y China, equivalen a un cambio irreversible en el orden mundial. El no alineamiento activo, sostiene, “permite a las naciones acercarse más a una de las grandes potencias en algunas cuestiones y a otra en un conjunto diferente de cuestiones”.

Esto resulta especialmente atractivo para la izquierda de América Latina, que desde hace tiempo se ha sentido irritada por lo que considera el imperialismo de

Estados Unidos en la región (aunque desde los años 1980 la política de Estados Unidos se ha centrado principalmente en apoyar la democracia).

Sin duda, huele a hipocresía que los funcionarios de Washington pidan a América Latina que prohíba a Huawei debido al riesgo de espionaje chino, de lo que no han aportado pruebas.

En 2013, un denunciante reveló que la propia Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos había llevado a cabo un programa de vigilancia en América Latina.

Había interceptado las comunicaciones de la entonces presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, y de Petrobras, la empresa petrolera controlada por el Estado.

“América Latina aprecia que China no tenga una política exterior sermoneadora”, dice Matias Spektor, de la Fundación Getulio Vargas, una universidad brasileña.

Pero si bien la cobertura puede tener sentido para América Latina, en la práctica sus líderes a menudo parecen ajenos a las posibles consecuencias políticas de las decisiones económicas. “América Latina no está pensando en el dominio de China ni en la formulación de políticas a corto plazo ni en el largo plazo”, dice Margaret Myers del Diálogo Interamericano, un centro de estudios de Washington.

Eso sin duda se aplica a Perú, que, además del puerto de Chancay, ha permitido a las empresas estatales chinas adquirir un monopolio en el suministro de electricidad a la capital, Lima. El regulador de la competencia aplicó condiciones menores con respecto a la compra de electricidad a los generadores de energía asociados. Pero ninguna entidad gubernamental consideró las implicaciones geopolíticas. La amenaza no es tanto que China pueda apagar las luces sino más bien que ha adquirido una herramienta para aplicar una presión más sutil. **“China está tratando de crear una situación en la que moldea el entorno externo en América Latina de acuerdo con sus intereses”,** dice Myers.

Por supuesto, esto es lo que Estados Unidos ha tratado de hacer desde hace mucho tiempo, pero en América Latina hay mucha más conciencia de ello y un pensamiento más independiente sobre cómo responder. “Nadie está pensando de manera organizada sobre la inversión china”, dice el ministro de Asuntos Exteriores. No hay un control estratégico de las inversiones extranjeras, como sucede en Europa o Estados Unidos. Una empresa estatal china tiene una relación claramente diferente con su gobierno de origen que, por ejemplo, una empresa privada europea. Hay escasez de expertos en China en la región, y China está financiando el trabajo de varios de los pocos centros de estudios sobre política exterior que existen.

Tanto la UE como Estados Unidos están hablando más de invertir en América Latina.

En una cumbre celebrada el año pasado, la UE se comprometió a invertir más de 48,000 millones de dólares en la región hasta 2027, centrándose en la energía verde, la digitalización y los minerales críticos.

Poco después, Biden recibió a diez países de América Latina y el Caribe para la primera cumbre de una “Alianza de las Américas para la Prosperidad”, respaldada principalmente por fondos del Banco Interamericano de Desarrollo.

Los diplomáticos latinoamericanos dicen que ambas iniciativas son en gran medida re-empaquetamientos de programas existentes y carecen de contenido.

Más fuerza podría provenir de la Ley de las Américas, un proyecto de ley enviado al Congreso en marzo con respaldo bipartidista. Esto ofrecería beneficios comerciales, financiación de infraestructura y subsidios a la inversión para la deslocalización a América Latina y el Caribe.

De aprobarse, al menos esto podría significar que China se enfrenta a un poco más de competencia en la región. En cuanto a América Latina, para aprovechar al máximo sus diversos pretendientes y minimizar el riesgo de dependencia, necesita una mirada mucho más aguda. [Lampadia](#)